V.

SOBRE ARQUEOLOGÍA PRIMITIVA EN LA REGIÓN DEL DUERO

No son descubrimientos afortunados ni elucubraciones mentales lo que deseo exponer ante la Academia, cuya respetabilidad contendría en mí declaraciones de tal índole, sino cosa mucho más sencilla, como tarea de ojos, que sin jactancia puede ser traída, en gracia de su novedad, al santuario de la historia, y aun prometerse que, acogidas en él estas ofrendas, podrán señalar una orientación más fija en el reconocimiento de nuestros orígenes nacionales.

Una Comisión del Ministerio de Instrucción pública me ha llevado á recorrer las provincias de Avila, Salamanca y Zamora; mas, aunque sus fines histórico-artísticos exigían prestar atención á la arqueología primitiva, el mutismo casi absoluto que respecto de ella guardaban dichas provincias más bien auguraba esterilidad que hallazgos copiosos. Así, con creciente asombro fueron apareciendo á mi vista una y otra y muchas plazas fuertes de antigüedad remotísima, con caracteres de similitud entre sí, como fundaciones de un mismo pueblo, enlazando por un extremo con las Citanias portuguesas y por otro con los castros gallegos, y en torno de ellas rica serie de datos complementarios, que algo esclarecen la condición del pueblo que las fundara.

Que no sería de aborígenes, indúcese con verosimilitud quizá por la disposición de sus estaciones fortificadas y en parajes agrios y desolados, como refugio de gente industriosa, con aires de comerciantes y guerreros, más bien dispuesta para avasallar que para la vida quieta y trabajosa con que se nos descubren las razas prehistóricas. El Duero y sus afluentes y aledaños parecen haber sido las vías de inmigración, y á sus orillas se establecieron, buscando sitios fuertes de suyo, riscosos, altos, mas no escoteros, casi siempre en una confluencia de aguas que dejase

breve acceso por llano, y sin recatarse de padrastros, como desconociendo armas arrojadizas de algún alcance.

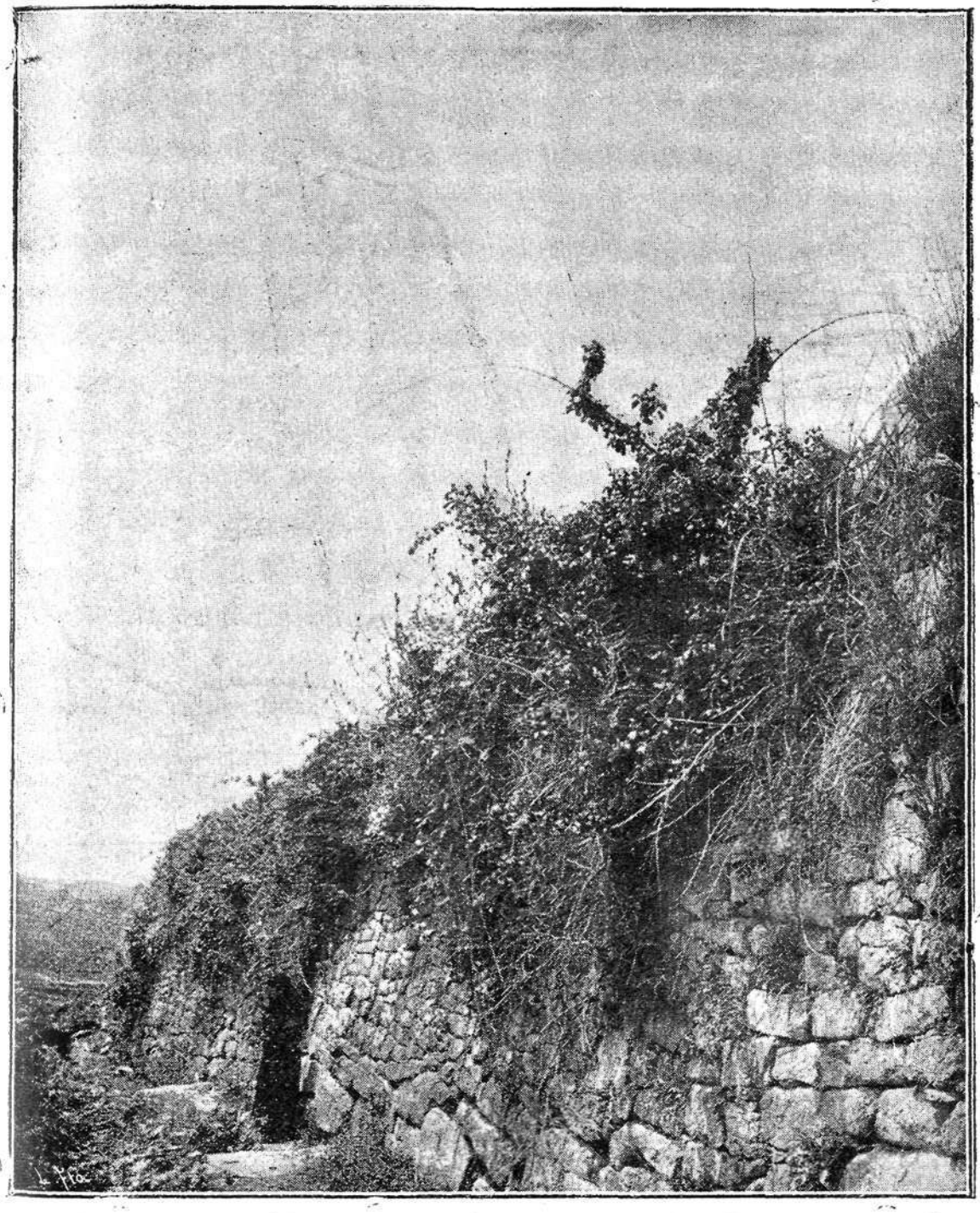
Salva una excepción—San Mamede, sobre el Duero, en tierra sayaguesa—protegíalas siempre una cerca de muro, solo interrumpida en lugares de todo punto inaccesibles, así como se duplicaba y aun triplicaba en los indefensos. Estos muros son de piedra sin labrar, en cantos que rara vez exceden de un metro, predominando los de 30 á 50 cm., perfectamente careados, sin guardar hiladas ni trabazón alguna, y en seco, de modo que recuerdan, por su estructura, las obras ciclópeas (fig. 1.ª). Así es su paramento exterior, ó ambos, cuando no va el muro terraplenado ó adhiriéndose á un corte del terreno; pero el núcleo se rellenaba á montón con piedras y tierra, en espesor que varía de cuatro á siete metros; respecto del alto, hállase conservado hasta unos cuatro metros, en algunos puntos, mas no puede fijarse. Su haz no es vertical, sino en talud, como de 20°; pero se conciertan las piedras tan bien, sobre todo cuando son de granito, que resulta difícil trepar por ellas. Además, no solo se desarrollan en curva estos muros, formando recintos ovalados más ó menos irregulares y sin género de ángulos, sino que huyen sin cesar de la línea continua, procediendo en sinuosidades, no siempre anejas á la configuración del terreno, pero quizá explicables á fin de contener el resbalamiento de las piedras ó como arbitrio de estrategia, obteniendo líneas convergentes de ataque, á falta de torres y al modo que en los baluartes. Un ejemplo hay, en Santiago de Villalcampo (Zamora), de recinto erigido bajo influencias romanas, con lienzos rectos y torrecillas, aunque la población debía ser más antigua y similar de las otras. Cuando el material es pizarra, los estragos del tiempo resultan mucho mayores, y aun desaparecen las obras de fábrica entre vertederos de escombro.

Puertas, no las usaban propiamente, sino que constituían entradas revolviendo el muro en callejón hacia el interior, por largo trecho, y con ingente bastión á un lado, que hoy suele mirarse como cerrete artificial. Por defensas exteriores, á más de fosos y trincheras, suele haber una bien notable, que consiste

en erizar de cantos picudos é hincados en el suelo una ancha zona ante el muro, imposibilitando así el ir contra él de golpe, sobre todo á caballo.

Comienzan estas ciudades, en tierra española, muy cerca de la frontera portuguesa, en donde caen al Duero las aguas del Yeltes, río cuyo antiguo nombre, Eletes, consigna una inscrip-

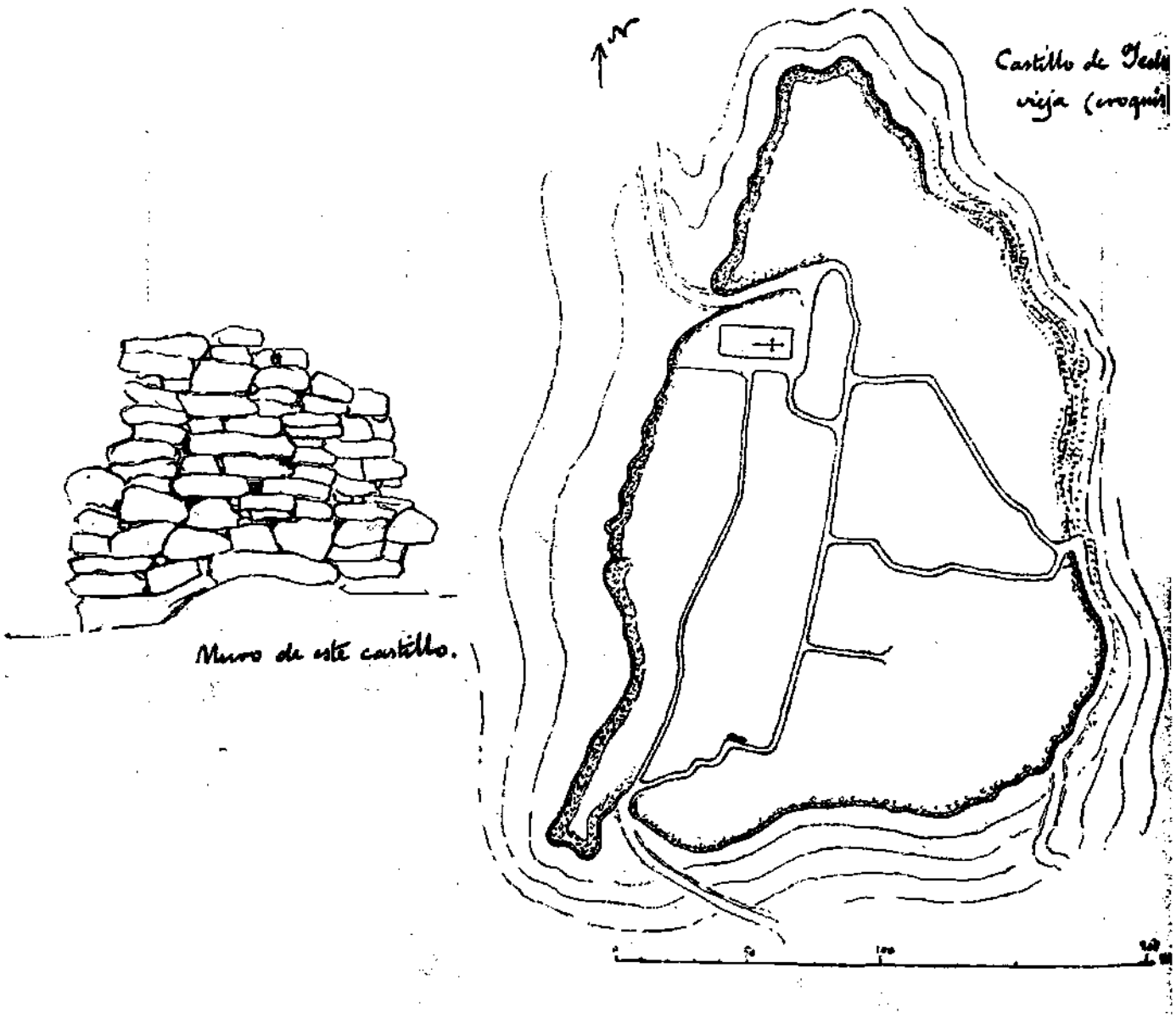
Fig. 1.ª



RECINTO DE YECLA LA VIEJA (SALAMANCA.)

ción inédita, haciendo recordar el Λήθης de Estrabón. Allí está Moncalvo, y á su pie la cabeza de San Pedro, donde parece se trasladó la población bajo los romanos. Aguas arriba, surge el castillo de Malgarida, en la confluencia del Camaces; á orillas

Fig. 2.ª



de éste, las Merchanas, otra ciudad notable que fué; luego, poco antes de confluir el Huebra y el Yeltes, descuella Yecla la vieja, con su recinto muy bien conservado (fig. 2.ª) y es la primera de estas ruinas que llegué á explorar. Trasladándonos del partido de Vitigudino al de Ciudad-Rodrigo, reconoceremos otras dos ciudades importantes en Lerilla y Urueña, sobre el Águeda. Ribereñas del Tormes, quizá hubo varias; pero reconstruídas en la Edad Media mudaron de aspecto: así, Ledesma, Salamanca y

Salvatierra. También acaso, Béjar, Monleón y Segura de Plasencia, aguas vertientes al río Alagón, y conservando la última grandes vestigios, mencionados por el Sr. Paredes. En la cuenca del Adaja tenemos Ulaca y las Cogotas, de cuyas ruinas va publicada ya noticia en el Catálogo monumental de la provincia de Avila, y allí quedan á la vista sus casas, de planta cuadrangular, y no redonda, según fueron en Portugal y Galicia, ó por lo menos con esquinas redondeadas, como á orillas del Támega.

Río Duero arriba, Pereña y Fermoselle es creible que serían en sus comienzos tales como se muestran, al pie de la última, el castillo del Moro, frente al portugués de Oleiros, y más arriba los despoblados del castillo de Fariza, San Mamede y Santiago, próximo ya éste á la desembocadura del Esla. Pero donde se agrupan en número extraordinario estas desiertas poblaciones, hasta exceder al de lugares modernos, es en tierra de Aliste, recibiendo el nombre genérico de castros, como en Galicia, y similares á los que llenan esta otra región; mas aunque rudos, pequeños y muy degradados, les aventajan por las inscripciones latinas y otros restos que suelen guardar los alistanos, fijando concordancias preciosas. En tierra de Sanabria y Carballeda, son pocas las ruinas que he visto, y ellas de carácter algo indeterminado; en compensación, los castros más occidentales, junto á las fronteras portuguesa y gallega que baña el Tuela, sí parecen congéneres de los del Aliste.

Por el lado de Portugal, tocan ya éstos con la copiosa serie de *crastos* reconocidos en contorno de Braganza, tales como los de Avellãs, Sacoias, Rebordãos, Villanova, Gondesende, etc. Síguenles hacia O. el de Alfóndega-da-Fe, los muchos del *conceio* de Alijó y del de Villareal; el grupo de Vianna, desde el Lima al Miño, donde sobresale Santa Luzia; el de las Citanias, por cuya exploración tanto debemos á Martins Sarmento, entre el Ave y el Duero; luego, á orillas de éste, Aguiar, Carqueres, Távora y la histórica Calabre; avanza más hacia S. la línea del Mondego, con varias plazas cerca de su desembocadura, y tras ellas Condeixa-velha; los grupos de las sierras de Alcoba y de la Estrella, donde se citan como tipos S. Romão de Ceia y Tintinolho, cerca de

Guarda; el copioso de la Beira alta y, por fin, Montemuro, Colla y Castroverde, con otros, en Alemtejo.

Los arqueólogos portugueses no marcan distinción entre todas estas ruinas de su país, que consideran similares, poniendo su origen, con frecuencia, en las últimas edades prehistóricas, y, á mi juicio, según comprobantes que luego indicaré, ellas, y en especial las Citanias, corresponden al mismo pueblo que habitara las susodichas ciudades y castros leoneses y castellanos. En Extremadura, donde parece verosímil que también colonizase, la investigación incoada por el Sr. Marqués de Monsalud resulta de éxito muy incierto y aun quizá negativo. No así las montañas de León y el Vierzo, pues allí me consta prosiguen los castros, aunque sin reconocer bien hasta el presente, y lo mismo en Asturias, sobre todo hacia la frontera gallega; mas aunque tanto se dilatan así los límites de la región de los castros, queda incierto si abarcan toda la Cantabria, puesto que perseveran indicios de haber sido su población de la misma raza galaico-lusitana. Respecto de Galicia, sus castros innumerables, aunque provocan de cuando en cuando investigaciones fructuosas, son poco decisivas, y tan incompletas que apenas si de nombre conocemos los de la ribera del Miño, con ser muchos é importantes: en general, échase de menos una base de estudio seria y concienzuda que desarraigue los errores é incertidumbres aun validos entre nosotros.

Si apelamos á la tradición acerca de estas antiguallas, siempre dirá el campesino que son obra de moros, añadiendo misteriosamente cosas de encantos, intereses ocultos y tesoros, al tiempo que mira con desesperados ojos aquel suelo rebelde á todas sus pesquisas. Mas si el becerro de oro nunca parece, en cambio salen á luz con frecuencia reliquias de antigüedad que son destruídas ó se pierden, faltando quien sepa estimarlas. Excavaciones sin duda producirían resultados excelentes; mas en tanto llega día propicio, contentémonos con lo que hay á la vista, que no es poco.

Desde luego, los pedazos de crisoles y escorias de fundición de hierro y cobre, abundantes en casi todos los despoblados

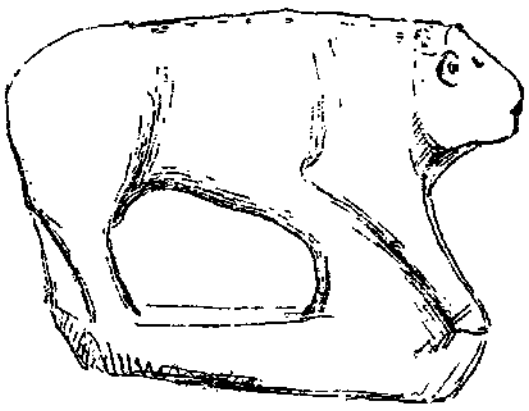
vistos por mí, atestiguan que sus moradores se ejercitaban en la metalurgia, y quizá ella fué un principal móvil de colonización: oro, cobre, estaño y hierro, entre otros metales, aún se benefician por allí. Usaban carros, cuyas roderas dejaron profunda huella á la entrada de algunas ciudades; sus casas eran pequeñas y hechas de mampostería; también acostumbraban tallar las rocas, formando edificios monolíticos, escalones, *bassins*, etc., y una peña tajada, en cuya cima se veían argollas de hierro, es señalada como lugar de suplicio. En cuanto á sepulturas, no hay gran certidumbre antes del período romano; pero, durante éste, sin faltar ejemplos, quizá tradicionales, de incineración, predominaba el inhumar los cadáveres en fosas revestidas de lajas de piedra, y con estela hincada á su cabecera.

Algunas plazas fuertes, sobre todo las de Ávila, conócese que fueron abandonadas, quizá por destrucción violenta, sin llegar á romanizarse. Allí suelen aparecer instrumentos de piedra y hueso, piezas metálicas, piedras de honda, rodajas de barro, como en Citania, y cascos de vasijas en abundancia, unos de manufactura grosera, que recuerdan lo prehistórico, mas casi siempre á torno, y otros como importados, finos, con pasta de varios colores y tinte rojo, á veces, en la superficie; sus decoraciones son de estilo geométrico, ya incisas, ya estampadas, ya pintadas con líneas parduscas, como en la primitiva cerámica egea, sin cosa de romano en todo ello, pero sí atestiguando relaciones con el Oriente. Otras ciudades siguieron habitadas y florecieron bajo los romanos con suntuosos edificios, especialmente las del Águeda, y en ellas sí aparecen tejas de rebordes, cascos de loza aretina, monedas imperiales y autónomas, algunos bronces interesantes, como los palentinos, etc. Lo que más suele abundar, aun en castros pobrísimos, son piedras de molino de mano, iguales á las de las Galias.

Significación muy capital tienen otras series de monumentos. Ya hoy puede asegurarse que las esculturas de animales del tipo de las de Guisando, tan notadas en Castilla, correspondían á los susodichos centros de población, pues las he visto por lo menos en ocho de ellos, á más de la Citania de Sabroso, casi siempre

fuera de su recinto, y efigiando toros y jabalíes ó berracos (figura 3.ª). Más aún; he podido comprobar varios casos de habérselas hallado junto á sepulturas, despojando de toda probabilidad la hipótesis de que fueran términos, y robusteciendo por el contrario la del Sr. Hübner. Tenemos, pues, en ellas un indicio seguro para reconocer estaciones y ciudades de tal pueblo que, junto con otros de que luego hablaré, deslindan perfectamente su territorio y nos dicen el origen de muchas poblaciones modernizadas, que antes debieron ser como las arriba descritas, y su topografía lo confirma: así, Salamanca, Ledesma, Monleón, Talavera, Talavera la vieja, Toledo, Segovia, Coca, Arévalo, Toro, etc. Además hállaselas en Aliste, Tras-os-montes—en Murça, Torre de D. Chama y Ligares—y quizá Galicia—Pontedeume;—por el S., en Evora, Beja, Alcacer-do-Sal quizá, Botija (Montánchez) y Alcoba (Mancha), y por el E., en la sierra de Segovia, Vizcaya y Navarra, quedando alejadas las que se citan en Linares, Estepa la vieja y Segorbe.

Fig. 3.ª



El berraco de Lumbrales.

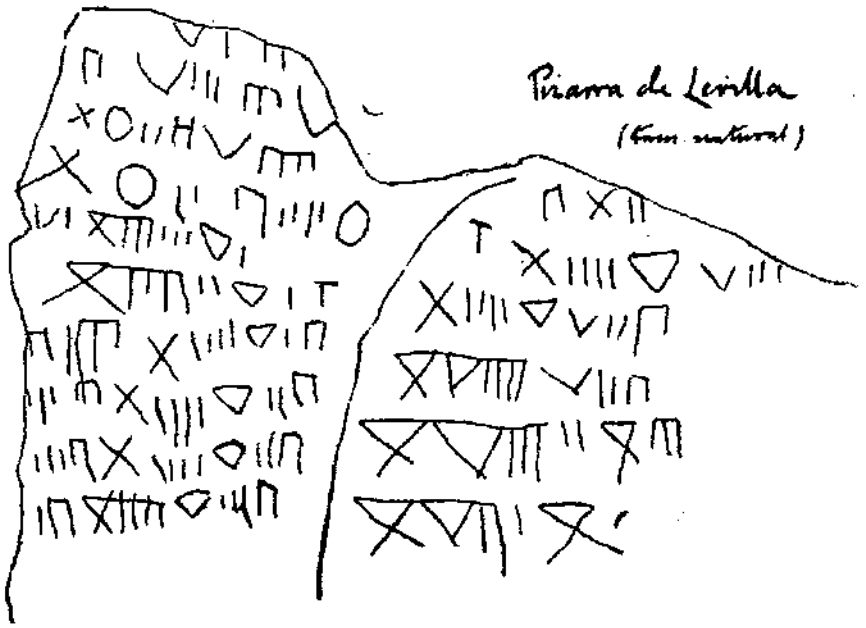
Respecto de los hoyuelos salpicados en el lomo de estos animales, ya un erudito extranjero informó á la Academia: en efecto, ellos son regla generalísima, aunque con varias excepciones, y su valor de signos mnemónicos es verosímil; pero sin que orden alguno de agrupación y número descubra un sistema de verdadera escritura. Además, en dos casos—cerdo de Mingorría y toro de Salamanca—les acompaña, en medio del lomo, una oquedad mayor, hecha á cincel, redonda y de fondo plano. Otra particularidad aun más notable y digna de estudio son los verdugones de relieve que suelen ostentar sobre el anca derecha algunas de estas esculturas, en la región avilesa y segoviana, aparte del rabo que á veces se indica por igual medio. He aquí

sus figuras reductibles á signos alfabéticos de estirpe egipcia, pero sin garantía de acierto:

En cuanto á sus epígrafes latinos, poca novedad ofrecen mis investigaciones.

Si el pueblo á quien estas obras corresponden usó una escritura peculiar, no es cosa definida. La que se denomina ibérica desde luego puede creerse ajena, pues no hay moneda con ella que de cierto emitieran sus ciudades, ni inscripción descubierta en su territorio, exceptuando la de Peñalba de Castro; por el contrario, los monumentos de tal linaje marcan bien la otra de las dos regiones en que la Península se divide. Asáltanos un problema á este propósito; mas la extraordinaria dificultad de resolverlo y aun de plantearlo brevemente, me fuerza á rehuir su estudio por hoy: refiérome á varios epígrafes publicados como elegibles y, sobre todo, á una serie de pizarras llenas de signos insólitos, que arroja en abundancia el suelo de Lerilla, y también las Cogotas de Avila, Segura de Plasencia y varios puntos de Salamanca, cuales son Salvatierra, Santibáñez y Linares (fig. 4.ª).

Fig. 4.ª



La lengua que habló sí ha dejado más positivas muestras en unas cuantas inscripciones transcritas en caracteres romanos, cuyas localidades abarcan desde la zona portuguesa del Duero

y Galicia hasta el Tajo por el S., y por el E. á Tiermes, Lara y Peña Amaya. Son negativos, hasta hoy, los esfuerzos hechos para interpretarlas, mediante el vascuence, los dialectos celtas y lo que de ibérico se nos alcanza; mas la estructura de sufijos hace sospechar se trate de un lenguaje ariano. Fuentes complementarias al mismo intento son los nombres geográficos de las regiones aludidas, cuyo cotejo con los celtas da poquísima luz, y respecto de otros más seguros, cuales son los de dioses y hombres, abundantes y mucho, por fortuna, en las inscripciones, yacen revueltos con los ibéricos en las obras que de ello tratan.

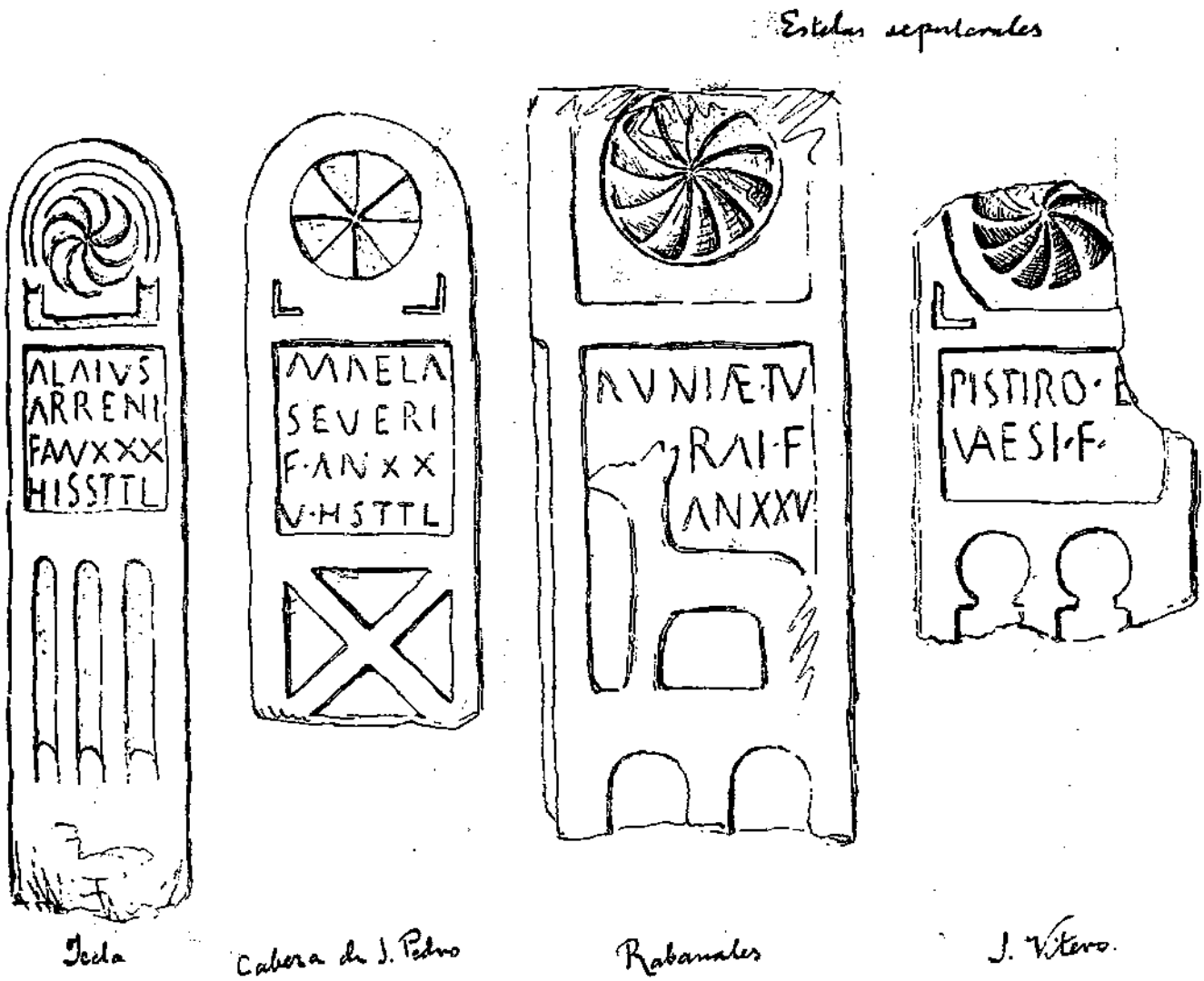
Dicho caudal de nombres propios indígenas crece hoy, gracias á un centenar de estelas sepulcrales inéditas, que con sentimiento dejo abandonadas y á riesgo de perderse en castillos y demás núcleos de población antigua que llevo recorridos. Allí se repiten nombres ya notorios, cuales Arrenus, Boutius, Ambatus, Cloutius, Tritius, Magilo, Magana, Dovitena, Reburina, Camalus, etc., y otros desconocidos aparecen, como Alaius, Alaino, Erguena, Pistiro, Teuto, Coronegus, Veteulenus, Ulbogenus, Elguisterus, Medamitus, Esca, Attia, Mantau, etc. Sus patronímicos y gentilicios, todos nuevos, y más interesantes aún, son: Ammaricum, Areinicum, Craunicum, Favabonicum, Coinomicu(m), Elanicu(m), Tritecu(m), Touconiqu(m) y Ercaes(is).

Estas memorias sepulcrales corresponden á un período de romanización, que trajo el adoptar lengua, escritura y fórmulas de los dominadores, pero manteniéndose un fondo peculiar de tradiciones, revelado en la interesante serie de representaciones que acompañan los epitafios. Desgraciadamente se les ha dado poco valor por los epigrafistas, según lo vago é incompleto de sus noticias, y sin embargo, en ello radica otra de las comprobaciones fundamentales para dilucidar la razón étnica y geográfica de este pueblo que hoy nos solicita.

Principal y más constante de los símbolos que encabezan dichas estelas (figs. 5 y 6) es el ya reconocido en Citania, como variante de la suástica india, y semeja una rueda de rayos curvos, en número de seis principalmente, aunque también se la halla de

ocho, doce, diez y, por excepción, de cinco, nueve, trece, cuatro y tres. Esta de tres rayos solos parece la fundamental, se descubre en Citania, y resulta idéntica de la efigiada en monedas de Argos y Licia, como progenitora de la triquetra siliciana é iliberritana; pero el tipo de rayos múltiples no le cede en ve-

Fig. 5.ª



tustez, puesto que se halla en Hissarlik. Otra variante, no menos autorizada con el ejemplo de sellos incusos en monedas beocias antiquísimas, es la que se forma por cuatro triángulos en cruz, de la que hallo tres ejemplares en tierra de Salamanca, mas dos en una estela doble sayaguesa, con cinco y cuatro elementos; y por último, otros con aspecto de simple cruz, dentro de círculo, en Yecla y cabeza de San Pedro. Degeneraciones del mismo símbolo podrán ser á veces las flores que le sustituyen, con cuatro, seis

ú ochos pétalos, dentro de un aro. La forma de cruz gamada solo se ha visto, hasta el presente, en Asturias, en los Bajos Pirineos franceses y en piezas cristianas de Elvira; por el contrario, es la predominante en Grecia, Etruria, Escandinavia, etc.

Fig. 6.ª

ESTELAS SEPULCRALES DE YECLA LA VIEJA.

El símbolo de la luna creciente, cuatro ó seis veces no más le hallo en nuestras estelas, y parece entrado á consecuencia de una corriente extraña, como el astro y la palma, ya que las monedas nos le descubren como característico de fenicios é iberos, y campea en las regiones limítrofes, al paso que la rueda se cambia en flor ó desaparece.

Otro símbolo, sin conexiones ajenas é inexplicable para mí, la acompaña de ordinario, bajo dos formas: la una, como línea horizontal, vuelta en ángulos rectos hacia arriba por sus extremidades; la otra parece un desdoblamiento, en pareja de escuadras simétricas; y por excepción, hállanse otras combinaciones equivalentes. No solo cundió su uso, al par de la rueda, hasta León, sino que se le halla en una estela de Pamplona, y nótese su coexistencia en aquel país con varios animales de piedra, citados por Fernández Guerra, y con nombres de persona, de los de la región del Duero, en Gastiain y Oteiza, último límite del foco alavés, tan copioso en monumentos similares.

Prescindiendo de otras representaciones menos generalizadas, sobre todo de animales, interesa fijar la atención en un tema decorativo que llena casi siempre lo bajo de las estelas, y se constituye por tres barras grabadas—excepcionalmente dos ó cuatro—rematando algunas veces de cuadrado, más por lo común en arcos, que suelen alcanzar bastante anchura, permitiendo ver en ellos, á capricho, una representación de puente ó acueducto. Dos ejemplares alistanos, en S. Vitero y Rabanales, desarrollan curvas de herradura, que deben agregarse á los ya vistos en León y Escalada.

Un arduo problema dejo en pie, cual es el de las antas, en relación con los monumentos prerromanos indicados. De aquéllas he visto buen número cerca de Yecla y las Merchanas, como suele haberlas en Portugal y Galicia junto á sus citanias y castros; mas la correspondencia no persevera cuanto sería de razón para fundamentar conclusiones positivas. Hay, sin embargo, entre estas obras de carácter prehistórico en la provincia de Salamanca, algunas bien singulares, como son las Cabenes del Cabaco y los Castillos de la Hurtada, en el campo de Argañan.

El conocimiento de aquéllas débolo al ingeniero Sr. Cáceres, y consisten en grandes excavaciones redondas, accesibles mediante trincheras y con su suelo lleno de montones de piedras, en disposición tan ajena de lo ordinario, que aleja toda hipótesis verosímil, á no ser necrópolis de nueva especie. Lo de la Hurtada reducíase á unos cercos grandes de lanchas enhiestas, como en las antas; pero sus diámetros, que no bajarían de seis á nueve metros, hacen pensar que nunca estuvieron cubiertos, y como dentro hubo sepulturas, dado el hallazgo de largos cuchillos de pedernal y hachas de piedra, sobriamente pulimentadas, viénese á la memoria el área sepulcral de dentro del recinto de Micenas, con la sospecha de si muchos cercos megalíticos obedecerían al propio destino. Pero lo más notable es que, juntamente con dichas armas, aparecieron dos amuletos en esteatita verde, glandiforme el uno y como rodaja el otro, perforados y con labor incisa de raspas y zig-zag, según de ordinario en lo prehistórico; además, el segundo amuleto muestra en una de sus bases, al modo que los *fusaioli* de Hissarlik, cuatro signos en apariencia alfabéticos, y aun quizá de los etruscos, prestándole un valor excepcional, ya que no tengo noticia de otro hallazgo semejante en megalitos. No faltará quien sospeche de un fraude; pero la respetabilidad de D. Dionis de N. Delicado, que lo hubo de manos de los operarios, y la sencillez con que me lo donó sin hacer mérito alguno de tal cosa, traen para mí un convencimiento absoluto.

He aquí, en síntesis, lo que arroja la exploración de las provincias susodichas, tocante á arte primitivo: ampliando límites, con el concurso de muchos, y singularmente de los arqueólogos portugueses, estos datos lograrán mayor fijeza y desarrollo, pudiéndose aventurar una reconstitución histórica. Hoy por hoy son demasiadas incógnitas para que la ciencia y no la fantasía diese pábulo á despejarlas, y no me resuelvo ni aun á meterme por el laberinto de los textos clásicos, tan cómodo para teorizar á mansalva. La Academia, si se digna tomar en consideración lo expuesto, sabrá llevar á buen término el problema.

Granada, Mayo 1904.

M. Gómez-Moreno M.